



Hilaria: una vida al servicio de una causa*

TATIANA TORRES ÁLVAREZ

A Hilaria Gutiérrez Botello poco le importaron las distancias o el hecho de haberlas recorrido con libros, cartillas y un radio auestas. Su tarea como líder era apoyar el trabajo de las Escuelas Radiofónicas que Radio Sutatenza había instalado en cientos de municipios colombianos, y así lo hizo durante muchos años. Inspirada por el sueño de monseñor José Joaquín Salcedo, que se convirtió también en el suyo —el de brindar a todos los campesinos del país una educación integral que les permitiera mejorar sus condiciones de vida—, Hilaria se vinculó a Acción Cultural Popular (ACPO) y creyó en lo que para muchos era una “utopía”, trabajó en el campo, en las aulas y en las oficinas, vivió su auge y su declive y, cuando todo terminó, se dedicó a organizar y cuidar lo que quedó: un valioso archivo que desde 2008 reposa en la Biblioteca Luis Ángel Arango y que da cuenta de por qué Radio Sutatenza fue considerado “un hito de la radiodifusión mundial”.

* * *

En febrero de 1963 Hilaria partió hacia Boyacá desde su casa en la vereda El Cedral, de Gramalote (Norte de Santander), para asistir al curso de dirigentes campesinos que durante cuatro meses se impartiría en el Instituto Campesino Femenino de Sutatenza, una formación que le permitiría apoyar el trabajo de las Escuelas Radiofónicas que se habían instalado en las veredas de su pueblo. “Llegué a Sutatenza con un par de vestidos, el pasaje de regreso y unas pocas monedas para medicamentos, por si me enfermaba o por si hacían falta para algo. El curso en realidad era una beca. Los alumnos no debíamos aportar nada distinto a los deseos de aprender”, recuerda. Fue gracias al apoyo de su hermano, quien ya había participado en el proyecto de Sutatenza, que Hilaria logró cambiar su destino y resistir la tradición que reinaba en ese entonces, aquella que situaba a la mujer en los oficios domésticos, dejándola al margen de cualquier posibilidad de formación y progreso.

Una vez finalizó el curso, de regreso en Gramalote, Hilaria fue designada representante parroquial del municipio; así empezó a coordinar el trabajo de otros dirigentes campesinos y el de otras parroquias como Salazar, Lourdes, Sardinata y Santiago. No todo fue fácil, en especial porque sus padres se oponían a las salidas frecuentes hacia otras veredas, y porque las distancias, dada la falta de caminos, se debían recorrer a pie y, a veces, sin muchas provisiones para resistir el cansancio.

Página anterior:

Hilaria, al lado izquierdo de la fotografía, en la organización de la correspondencia. Bogotá (c. 1972-1973).

* Este artículo se basó en la entrevista realizada por Tatiana Torres Álvarez, periodista de la oficina de Divulgación y Servicios Educativos de la Subgerencia Cultural del Banco de la República en febrero de 2012.



Durante la visita realizada a Sutatenza en febrero de 2012, Hilaria enseña la herramienta del Disco Estudio.

El trabajo realizado entre 1963 y 1967 le valió a Hilaria para ser enviada de nuevo a Sutatenza, esta vez para hacer el curso de líder local. Fue el mismo año en que monseñor Salcedo inauguró el monumento a san Isidro Agricultor (1967) y sobre el cual grabó las ideas que orientaron su trabajo (responsabilidad y libertad, dignidad, justicia, solidaridad, cultura y desarrollo) y el de los más de 23.000 jóvenes que como Hilaria se formaron como dirigentes campesinos bajo su instrucción.

Monseñor nos decía que el hecho de que la institución hubiera sido fundada por un sacerdote, no significaba que nosotros debiéramos rezar tantos rosarios o tantas novenas, ni que anduviéramos por ahí con camándulas y escapularios. Él insistía en que la verdadera religiosidad se reflejaba en vivir en un hogar digno, en armonía con nuestras familias, donde todos nos alimentáramos adecuadamente y tratáramos bien los animales que nos prestaban servicio. A las mujeres nos repetía una y otra vez que debíamos estudiar y prepararnos muy bien para trabajar a la par de los hombres, que juntos nos complementábamos, y que nunca uno estaría por debajo del otro.

A partir de 1959 ACPO alcanzó su madurez y se desarrolló como modelo de industria cultural. Para ese entonces ya era frecuente ver extranjeros caminando por Sutatenza, ya sea que fueran enviados especiales de la Unesco, académicos estadounidenses, representantes de gobiernos europeos, o jóvenes de otros países de América Latina que se formaban como líderes campesinos. Una de las personalidades que Hilaria más recuerda —dada su religiosidad— es el papa Pablo VI, a quien conoció en 1968 cuando el pontífice, como parte de las actividades que se habían programado en el marco del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, visitó el municipio de Mosquera (Cundinamarca) a donde Hilaria fue enviada a prestar apoyo como parte del grupo de primeros auxilios.

La excelencia, el compromiso y el amor que Hilaria sintió por el proyecto, fueron los principios que la motivaron a continuar en el proceso de formación en ACPO. Entre 1970 y 1971 participó en el curso de líder. Una vez culminado, fue enviada

a trabajar tiempo completo a la Diócesis de Cúcuta, en las parroquias de los municipios de El Carmen de Nazaret, Santiago, San Cayetano y Cornejo.

El trabajo en San Cayetano fue uno de los más difíciles de todos mis años como líder. La mayoría de los habitantes eran cristianos evangélicos y consideraban mi trabajo y el de ACPO como el de simples evangelizadores de una fe distinta a la suya. Al principio hubo bastante resistencia, pero como tantas veces nos dijo monseñor: 'no debíamos rendirnos, ni esconder la cabeza como las lechuzas', así que pedí ayuda al pastor, quien primero me abordó y de alguna manera probó mis conocimientos sobre la Biblia, y cuando se dio cuenta de que no era una campesina ignorante en materia religiosa, me ayudó bastante a cumplir mi tarea.

A eso, además, había que sumarle las rencillas entre el párroco y el alcalde, que dividían la opinión de los habitantes. Pese a todo, la experiencia en San Cayetano fue una prueba que Hilaria superó de manera satisfactoria, fue la primera vez que coordinó un curso de esta clase, que dirigió intervenciones, que habló en público, que moderó la conversación y tomó la vocería de los campesinos. San Cayetano sería el primero de los cientos de municipios que Hilaria recorrería.

Normalmente, cuando un grupo de líderes llegaba a un municipio nuevo se instalaba durante alrededor de un mes, y dividían el trabajo de tal manera que pudieran visitar todas las veredas y a todos los campesinos que las habitaban. Los líderes eran enviados para apoyar y dinamizar el trabajo de las Escuelas Radiofónicas. Por lo general había una escuela instalada en cada vereda, y si no existía una, parte del trabajo que debía realizar el grupo era ponerla en marcha; también llevaban los materiales nuevos que producía ACPO para acompañar el aprendizaje (cartillas, libros o discos, así como un par de ediciones del semanario El Campesino).

Salíamos muy temprano hacia las veredas y las recorríamos hasta las cuatro de la tarde más o menos, después citábamos a todos los campesinos que hubiéramos visitado en la casa cural o la escuela del municipio donde realizábamos una jornada especial que apoyara el trabajo de ese día: se presentaban diapositivas, videos, o se efectuaban talleres prácticos. Al final del mes, cuando ya se había visitado toda la región, se hacía un curso de extensión, donde se revisaba todo el trabajo hecho, se recogían las impresiones de los campesinos sobre los temas y las metodologías empleadas y, en general, se evaluaban todos los aspectos del proyecto radiofónico.

Cada año, monseñor Salcedo convocaba una reunión de líderes campesinos de todo el país, que se extendía por quince días, en la cual se recogían las conclusiones y las experiencias del trabajo de los jóvenes a nivel nacional. Con base en ellas se formulaban cambios o se generaban las estrategias de trabajo para el siguiente año, así como los contenidos educativos que se debían fortalecer o implementar. "Por ejemplo, en esas reuniones de líderes se tomó la decisión de implementar materiales específicos para cada región, es decir, escribirlos con jergas locales para hacerlos más cercanos a los campesinos".

Como parte de los programas de educación integral que ofrecía ACPO, se desarrollaron varias campañas de mejoramiento campesino, encaminadas a optimizar las condiciones de vida y el bienestar personal, familiar y social de los radioescuchas. Por ejemplo, campañas de nutrición, adecuación de viviendas, conservación del suelo y defensa de los recursos naturales, incremento de la productividad de la economía campesina, desarrollo de actitudes de trabajo, vida familiar, etc.



Hilaria explica sobre la adecuación del Museo que adelanta actualmente en Sutatenza.

Se trataba de cosas que hoy en día podrían parecer obvias pero que en aquel entonces no se hacían, por ejemplo, utilizar zapatos. Yo misma siendo niña los empecé a usar porque mi papá escuchó en uno de los programas del padre José Ramón Sabogal (director del programa de Escuelas Radiofónicas y subdirector general de ACPO) que andar descalzos podría ocasionar enfermedades.

De estas campañas Hilaria recuerda dos de manera particular: *Fogón en alto* y *Sorbo de agua*. La primera motivó a los campesinos a construir sus cocinas con mesón, donde el horno y los fogones quedaran a una altura prudencial que les permitiera a las mujeres cocinar de pie, y prevenir así las enfermedades en los riñones que por lo general aquejaban a las campesinas. La segunda buscó la construcción de estanques de agua cerca a las cocinas, que facilitarían las tareas domésticas y evitaran —a las mujeres y los niños en forma principal— cargar el líquido desde pozos o nacimientos de agua lejanos. Hilaria consideraba que la efectividad de estas campañas dependía, en buena medida, del trabajo de los líderes campesinos, quienes durante el curso de formación aprendían, por ejemplo, a construir los fogones o los estanques de agua, y luego, durante su trabajo de campo, enseñaban a los campesinos la forma correcta y efectiva de hacerlo.

Una de sus experiencias más gratificantes la vivió en Manizales, donde encontró un ambiente diferente y pudo comprobar el verdadero impacto que las Escuelas Radiofónicas habían tenido sobre los campesinos de la región. “La gente era más consciente del cambio, todo el mundo tenía su vivienda bien arregladita, bien ordenada, y los trabajadores se interesaban por aprender nuevas técnicas para mejorar la calidad de sus cultivos”, manifiesta.

Sin embargo, fue en Caldas donde encontró por primera vez las huellas de la violencia. “En una vereda del municipio de Aguadas encontramos varias casas abandonadas. Preguntamos el motivo y simplemente nos dijeron que sus dueños tenían enemigos, que debieron dejar todo e irse a vivir a la ciudad”.



Fogón en alto, otra de las campañas realizadas por los alumnos de la Escuela Radiofónica núm. 14; aparecen doña Libia Velásquez de Cano y dos de sus hijos.

Aunque nunca se sintió amenazada ni cohibida por ningún actor armado para realizar su trabajo, Hilaria recuerda que algunos de sus compañeros que efectuaban labores en el Caquetá, sí sabían que miembros de estos grupos asistían a las reuniones que ellos programaban y que “paraban oreja de todo lo que se decía”.

En 1972, Hilaria fue enviada a Bucaramanga, donde coordinó el trabajo de las Escuelas Radiofónicas de San Gil, Barrancabermeja y de los municipios de Cáchira, La Esperanza y La Vega. El trabajo en esa región propició su encuentro con un grupo de sacerdotes llamado Golconda, que eran clérigos que orientaban su labor pastoral por lo que se conoció como la Teología de la liberación, y que no compartían las ideas de cambio social que proponía ACPO. “Cuando nos reuníamos con ellos nos decían que nuestro trabajo no producía ningún cambio significativo, que estábamos embobando a los campesinos, poniéndoles trampas para que su actitud no correspondiera a un verdadero cambio”.

DEL CAMPO A LAS OFICINAS Y LAS AULAS DE CLASE

En 1973 Hilaria fue nombrada secretaria de la Oficina Regional de ACPO en Medellín, en la época uno de los cargos más importantes al interior de la organización. En la capital antioqueña desarrolló funciones de mayor responsabilidad, de tipo administrativo, y se codeó con los dirigentes de ACPO. Entonces ya era una mujer independiente, profesional en su campo, de ideas modernas y con una inquebrantable convicción por su trabajo.

Unos meses después, en agosto de ese mismo año, dada su experiencia en el trabajo directo con los campesinos, fue trasladada a la Central de Servicios de



Hilaria en la Villa de la Esperanza, sede de ACPO en Sutatenza, 27 de febrero de 2012.

ACPO en Bogotá, donde fue nombrada jefe de la Zona Territorios Nacionales. Posteriormente, participó en la actividad de correspondencia dando respuesta a la comunicación proveniente de algunas regiones del Valle, Buenaventura, Putumayo y Popayán.

El género epistolar, como una estrategia de comunicación más personal y directa, fue otra de las grandes innovaciones de ACPO y una actividad más que desempeñó Hilaria. Las cartas se dirigían a programas determinados, con preguntas de todo tipo y sobre muchos temas, por ejemplo, amas de casa preocupadas porque sus esposos estaban sumidos en el alcoholismo o eran violentos en el hogar. O preguntas como: ¿Qué hacer con la vaca que se torció una pata? ¿Qué hacer para que prospere un cultivo? ¿A qué precio vender el maíz?

Aunque no la viví directamente hay una anécdota que me conmueve mucho, es la de un hombre que seguía los programas de mejoramiento campesino que hacía el padre Sabogal en Radio Sutatenza, y que pese a que no sabía escribir, quiso contarle al sacerdote cuánto había mejorado su finca; entonces le hizo un dibujo donde se apreciaban los caminos, el jardín, la huerta, el establo y las otras herramientas de adecuación de vivienda que enseñaba el párroco a través de la radio.

Para contestar las cartas debía ser muy cuidadosa con las respuestas y con el lenguaje que utilizaba, debía cerciorarse de enviar toda la información que se solicitaba y con el mayor detalle posible. “Como la mayoría de las cartas que yo respondía provenían del Putumayo, muchas de ellas eran enviadas por indígenas uitoto —quienes también habían formado Escuelas Radiofónicas—, el lenguaje debía ser claro y sin modismos, porque muchos de ellos no hablaban español como primera lengua”.

Tres años después regresó a Sutatenza y se vinculó a los institutos de formación de líderes, esta vez como docente. “Sin duda una de mis mayores satisfacciones al

interior de ACPO. Recibir a estos muchachos, casi siempre muy tímidos, prepararlos y ver como cambiaban, como se hacían más seguros de sí mismos y como se volvían líderes”.

Entre risas Hilaria recuerda que sus alumnos la llamaban “la profesora cuchilla”, porque era muy estricta. “Y así debía serlo, porque estos jóvenes debían formarse lo mejor posible, ellos serían los encargados de continuar todo este sueño”. Durante su estancia en los institutos, los alumnos conocían y analizaban los documentos de ACPO, además recibían clases de todo tipo, por ejemplo, estrategias de motivación a la comunidad, clases de liderazgo, de cooperativismo, de sociología, así como de técnicas aplicables a la vida campesina: vacunación, cuidado de plantas, elaboración de semilleros, trasplante y elaboración de abonos, etc.

Cada semestre llegaban alrededor de 400 alumnos nuevos, no hubo un solo municipio colombiano que no enviara jóvenes a Sutatenza. Muchachos y muchachas muy fáciles de motivar, porque para muchos de ellos era la primera vez que alguien les decía que eran valiosos, que tenían cualidades, que los escuchaban, que tomaban en cuenta sus opiniones. Por eso para todos nosotros monseñor Salcedo fue como un papá, porque gracias a él nos sentimos útiles, construimos un proyecto de vida y de alguna manera ayudamos a otros campesinos a hacer lo mismo.

En la década de los ochenta, aunque fueron los años en que el proyecto alcanzó mayor reconocimiento internacional, fue el momento en que paradójicamente inició el declive de ACPO.

Todo empezó en 1978 cuando monseñor Salcedo se exilió en Estados Unidos porque había recibido amenazas de muerte del M-19, sin él al frente empezaron los problemas entre ACPO y la jerarquía eclesiástica, y el gobierno, y las emisoras comerciales”, recuerda con nostalgia.

A estos motivos habría que sumarle la popularidad creciente de la televisión, que disminuyó la cantidad de radioescuchas, y el desplazamiento forzado, que redujo la población campesina. Finalmente, en 1989, la estación dejó de transmitir y tres años más tarde los institutos de formación de líderes de Sutatenza se cerraron por completo, mientras a monseñor Salcedo la muerte lo sorprendió en el exilio el 2 de diciembre de 1994 en un hospital de Miami.

De eso hace ya 23 años, ahora el Instituto Masculino es una sede de la Universidad Pedagógica, mientras el Instituto Femenino, el edificio que iba a ser sede de la Universidad Campesina —que nunca llegó a funcionar— y la sede de ACPO, desde donde se transmitieron los programas por muchos años, permanecen vacíos, al cuidado de un par de empleados de ACPO que hemos permanecido aquí, cuidándolos.

Desde 1993, su trabajo ha sido organizar lo que quedó del proyecto: un archivo de libros, fotografías, cartillas, discos, casetes, cartas, equipos y recuerdos que parecen infinitos. Ella los clasificó, les dio un orden y, para el caso de las fotografías, etiquetó a cada una de las personas que en ellas aparecían: sacerdotes, líderes, locutores, personalidades y alumnos, de quienes se sabe sus nombres de memoria. Con los aparatos, como los primeros radios, los micrófonos, los transmisores, así como las cosas personales de monseñor Salcedo, está adecuando el Museo de Radio Sutatenza, en la que fuera la primera casa del prelado.

Hilaria tiene la esperanza de que las autoridades civiles y eclesiásticas, así como los habitantes de Sutatenza conserven el patrimonio que monseñor Salcedo les dejó y que cada uno, desde su papel, tenga sentido de pertenencia y ayude a cuidarlo.

En 2008 ACPO donó el archivo de Radio Sutatenza al Banco de la República, que a través de la Biblioteca Luis Ángel Arango se responsabilizó de su catalogación y preservación. Hilaria confiesa que al principio no estaba de acuerdo con que se entregara el archivo y se opuso de manera rotunda a que se lo llevaran. Sin embargo, recuerda que después de conversar con funcionarios de la Biblioteca Luis Ángel Arango comprendió que era el mejor lugar donde podía estar. “Allá lo cuidan como corresponde y le dan el valor que tiene; además, está al alcance de los investigadores o de quien quiera consultarlo”.

Cuando se le pregunta a Hilaria sobre cuál será su futuro, contesta con nostalgia, pero al mismo tiempo con la satisfacción del deber cumplido, que después de que se entregue a la Biblioteca lo que está pendiente del archivo y el Museo esté terminado, piensa volver a Gramalote, junto a sus hermanos y sus sobrinos que son su única familia. “Mejor dicho, pienso volver a lo que queda de Gramalote, porque en la pasada temporada de lluvias se le vino una montaña encima y lo destruyó casi por completo. Así son las cosas que nos pasan a los campesinos”.